

comiendo roncas castañas,
 cócoro cócoro-có.
 para ir, señor, a la Cámara».

Debemos señalar, no obstante, cierta tendencia en Antonio de Undurraga a la repetición de motivos. En «Cielito Lindo», pag. 55, verso 5, dice: «ya hay un andamio de huesos». Más tarde repetirá esto en «Rusia y la Muerte», pág. 67, verso 11: «junto a un andamio de huesos». Igualmente antes, en *Transfiguración en los párpados de Sagitario* (1), el poeta ya había utilizado esta imagen en su poema «Elegía incorporada en el agua», donde se encuentran, sucesivamente, un «negro andamio de huesos» y un «frío andamio de huesos». Además hay en todos sus poemas yuxtaposiciones de tropos y metáforas, similares en fondo y forma: «laurel de huesos», «cable de huesos», «murmullos de huesos», «hueso de pluma», etc.

No alcanzan, sin embargo, estos pequeños indicios a tocar la esencia de este *Recabarren o el líder de sudor y oro*, poemas en que Antonio de Undurraga clarifica su destino de poeta humano y leal, convulsionado por el dolor social y su perdurabilidad suprema.—ANTONIO CAMPAÑA.



<https://doi.org/10.29393/At262-28CALM10028>

CHILENOS EN LA ANTÁRTICA, por *Oscar Vila Labra*. Editorial Nascimento, 1947

La rapidez con que Oscar Vila Labra escribió este libro, obliga a comentarlo en la misma forma. Y no resulta un acto forzado pues se lee agradablemente, cogido el lector por una forma que, sin ser cuidada, es flúida, vital, plástica a las inmensidades que pretende describirnos. He ahí, a nuestro juicio, la

(1) *Revista Multitud*, N.º 52, 23 de octubre de 1943.

mayor dificultad con que debe haber tropezado el autor: encajar en sus carillas, con los registros limitados que proporcionan las palabras, esa inmensidad de nieve y mar que circundó a los viajeros del «Angamos» durante casi dos meses. Algo semejante a lo que ocurre a un virtuoso de laúd cuando interpreta una gran sinfonía; resulta magnífico, pero falta algo y no es culpa del artista sino de la limitación de sus cordajes eufónicos. Quizá si por este mismo fenómeno, Oscar Vila Labra confiesa sinceramente, al final de su obra, que no ha deseado leerla de nuevo y mucho menos corregirla para no mancillar la impresión agreste de las tierras visitadas. Queda vibrando entonces, para salvar su tentativa literaria, nada más y nada menos que el talento y es este don gratuito imponderable e inimitable el que salva a este dinámico autor. Talento y capacidad de síntesis, que vienen a ser lo mismo, para ofrecernos la exacta sensación del viaje; la noche de obscuridad asfixiante y pavorosa; el día a veces gris, a veces luminoso; en otras oportunidades luciendo ambos aspectos con volubilidad y capricho. Esto en cuanto al aspecto objetivo, visto y palpado, del libro, pues las lucubraciones subjetivas proyectadas hacia el relato imaginista y dramático, como es el caso del campamento abandonado por los yanquis y hacia el ensayo de estilo agudo y cáustico, como las que destina sin mezquindad a los ingleses, son todavía mejores. En cuanto a lo objetivo, basta esa descripción de la ciudad de Punta Arenas, caracterizada, por techos rojos y por el viento que lo remece todo con sus resoplidos gigantescos, hasta caer en las pequeñas astucias de las puertas falsas, hechas para desviarlo. Hay también un acto protocolar entre marinos, finalmente contrastado en la inmensidad agreste del escenario que no alcanza a mellar el protocolo de nuestra Marina cuyos «managuás» también llevan luto por Nelson, lo mismo que sus colegas ingleses. Y al terminar el libro surge un extraño contraste: la complacencia del lector con la angustia del autor, que, como sus camaradas de aventura, ya está fatigado de convivir una

existencia dura de aislamiento y soledad, estable y contenida mientras la entusiasta voluntad no desfallece. Pero en ese punto, el autor de esta magnífica obra, digna de un comentario más enjundioso y extenso, envía sus manuscritos a la Editorial Nascimento y ella los presenta con rapidez sobrenatural, transformados en lo que todos los artistas, poltrones o aventureros, aman por encima de todas las cosas: en un libro.—L. M. R.